

El Combate de Los Pozos (11 de junio de 1826), y la grandeza del Almirante Guillermo Brown.



En el año 1825 el Imperio del Brasil -que por entonces ocupaba todo el territorio del Uruguay-, alegando que las Provincias Unidas del Río de la Plata habían apoyado la expedición de los Treinta y Tres Orientales y alentaban a los uruguayos a liberarse de la ocupación brasileña, le declara el 10 de diciembre de ese año la guerra a las Provincias Unidas -a las cuales se había reintegrado el actual estado uruguayo durante el Congreso de Florida-.

El 21 de diciembre de 1825, una poderosa escuadra imperial al mando del Vicealmirante Rodrigo José Ferreira de Lobo bloqueó la ciudad de Buenos Aires.

El gobierno argentino llamó entonces al marino irlandés Guillermo Brown y el 12 de enero de 1826 le confirió, con el grado de Coronel Mayor, el mando de la escuadra integrada por muy escasas fuerzas: los bergantines *General Balcarce* y *General Belgrano* y una vieja lancha cañonera, la *Correntina*.

Demostró entonces Brown otra faceta brillante de su personalidad: su capacidad de organización. Gracias a sus contactos con ricos comerciantes y exclusivamente con aportes privados de los ciudadanos pudientes que adhirieron con suscripciones -uno de ellos era el entonces Coronel Juan Manuel de Rosas-, fueron incorporadas inmediatamente 12 lanchas cañoneras. Al poco tiempo se incrementó el número de buques mediante la adquisición de la fragata *25 de Mayo*, los bergantines *Congreso Nacional* y *República Argentina* y las goletas *Sarandí* y *Pepa*. El Almirante izó su insignia en la fragata *25 de Mayo*.

Las primeras acciones contra la flota brasileña tuvieron lugar el 9 de febrero de 1826. Durante el combate, la fragata *Itaparica*, buque insignia del almirante brasileño, sufrió graves averías y muchas pérdidas de tripulantes.

El 11 de junio de 1826 se encontraba Brown en el puerto de Buenos Aires, fondeado en lo que hoy se conoce como Puerto Madero, a bordo de la fragata *25 de Mayo*, junto con el bergantín *Congreso Nacional*, las goletas *Sarandí* y *Pepa*, y 7 cañoneras.

Poco después del mediodía se presenta la flota brasileña con el objetivo de bombardear Buenos Aires y destruir los barcos argentinos. La flota imperial estaba formada por 31 barcos de guerra, en su mayoría modernas fragatas y bergantines -muy artillados y pesados-, más 12 cañoneras. Para evitar el abordaje por fuerzas tan superiores, Brown posicionó sus fuerzas detrás de los bancos de arena próximos a la costa, lo que dio el nombre a esta batalla de "Combate de Los Pozos".

Antes de la batalla, Brown arengó a sus tropas de la siguiente forma:

“- Marinos y soldados de la República: ¿Veis esa gran montaña flotante?... Son los 31 buques enemigos, que vienen por nuestras vidas... Pero no creáis que vuestro general abriga el menor recelo, pues no duda de vuestro valor y espera que imitaréis a la “25 de Mayo”, que fue echada a pique antes que rendir su pabellón. Camaradas: confianza en la victoria, disciplina... ¡Y tres vivas a la Patria!...”

“-¡Fuego rasante, que el pueblo nos contempla!...”

Efectivamente, desde los muelles, las azoteas de las casas y los campanarios de las iglesias, diez mil porteños observaban los movimientos de ambas flotas...

A las dos de la tarde dio comienzo el combate bajo la presencia de la muchedumbre. Brown derrochó coraje sin límites, atacando con sus pequeñas cañoneras las grandes fragatas brasileñas, para luego retirarse detrás de los bancos de arena, donde los pesados navíos no podían seguir las por temor a quedar varados en el barro del lecho del Río de la Plata.

Se escuchó vivir a la multitud, y es que llegaban en auxilio Leonardo Rosales al mando de la goleta *Río de la Plata*, y Nicolás Jorge al mando del bergantín *General Balcarce*. Para facilitar la maniobra de estas naves, Brown atacó entonces a la fragata *Niterói*, una de las más poderosas de la flota brasileña, envolviéndola en llamas.

El humo de los incendios y de los cañones impidió durante un largo rato seguir las alternativas del combate. Todos suponían que la derrota era el resultado más previsible para la flota argentina. Sin embargo, cuando se disipó el humo, los porteños contemplaron asombrados que las que se retiraban eran las naves brasileñas.

Desembarcaron entonces en el muelle y la multitud alzó a los comandantes de los barcos argentinos en hombros y los paseó por la ciudad mientras retumbaban los cañones del fuerte, con gran suplicio de Rosales y Brown, que se encontraban heridos y lo que menos querían era verse apretujados y zarandeados de esa manera.

Al atardecer, todavía se podían observar desde la ciudad las llamas de una fragata y un bergantín brasileños ardiendo en el Río de la Plata...

Mientras tanto, esa misma noche el Presidente Bernardino Rivadavia, contemplando esos fuegos, daba la espalda a la sangre patriota derramada y escribía a Río de Janeiro al Ministro Manuel José García, dándole instrucciones de buscar la paz con el Imperio del Brasil a cualquier precio. El General José de San Martín comentó con posterioridad a su amigo Tomás Guido, luego de que le propusieran tomar el mando del país para salvar la causa unitaria: *“...Por otra parte, los autores del movimiento del 1° de diciembre son Rivadavia y sus satélites y a Ud. le constan los inmensos males que estos hombres han hecho no sólo a este país, sino al resto de América con su infernal conducta. Si mi alma fuese tan despreciable como las suyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres; pero es necesario señalarles la diferencia que hay de un hombre de bien, a un malvado...”*

Al combate de Los Pozos le siguió el de Quilmes. Allí fue cuando el Almirante se ganó el apodo de “El Loco”. Nadie esperaba la victoria ese 29 de julio. El único que estaba convencido de ella era Brown. Muchos años después dirá Bartolomé Mitre. “*El almirante Brown, de pie sobre la popa de su bajel, valía para nosotros por toda una flota*”. No mentía ni exageraba. El poeta Guillermo Finney dijo entonces algo parecido sobre ese hombre que se paseaba como un espectro entre el humo y la metralla. “*Pronto supo el enemigo/ quién estaba a bordo del bergantín República/ y comenzó a pensar/ si Brown era realmente un hombre.*”

Cuando se firmó la paz con Brasil, Brown era el hombre más popular de Buenos Aires. Miraba las manifestaciones de adhesión a su persona con su típico escepticismo anglosajón. A su perspicacia no se le escapaba que muchos que ahora lo vivaban, en otro momento habían aplaudido su detención y su condena. Lo sabía y lo aceptaba. Así le dijo un día a un íntimo amigo: “*-This is a great country, but, what a pity!... There are many blackguards...*” (*Éste es un gran país, pero ¡qué lástima!, hay demasiados bellacos*).

Después de la guerra con el Brasil se hizo cargo del poder junto con Lavalle. Brown fue quien más insistió en que no se debía fusilar a Dorrego. No le hicieron caso y los resultados de esa barbaridad pronto lo habrían de pagar todos los argentinos. Cuando comprendió que el país marchaba a la guerra civil se retiró a su casa de Barracas, donde se dedicó al cuidado de su quinta, y personalmente cultivaba verduras y frutales. El guerrero más valiente, el más temerario, prefería el exilio interno a manchar su espada con sangre argentina.

Cuando Rosas llegó al poder y la soberanía nacional se vio amenazada por los franceses primero y los ingleses después, el viejo Almirante abandonó una vez más la tranquilidad de su quinta para servir a la Patria. No era rosista. No usaba divisa punzó y jamás había visitado la residencia de Palermo. Sin embargo, Juan Manuel de Rosas, que sería dictador pero conocía el alma de los hombres, lo convocaba. Cuando los alcahuetes de la Santa Federación le advirtieron que "no era un federal de la primera hora", Rosas los despediría con la siguiente frase. “*-El Bruno es loco, pero no es traidor... y además es un valiente*”.

Los unitarios exiliados en Montevideo no entendían por qué el Almirante ayudaba a Juan Manuel. Curiosas paradojas de la historia. Brown era irlandés. Muchos de sus adversarios lo habían acusado de extranjero. Pero fue ese extranjero quien se negó a participar en las guerras civiles, y quien decidió defender a su patria adoptiva cuando la vio amenazada por una potencia extraña.

Los unitarios decidieron entrevistarlo para convencerlo de que estaba defendiendo una causa equivocada. Brown los recibió en el barco; uno de los integrantes de la delegación era su propio hijo. Los argumentos de los doctores unitarios le resbalaron. En cierto momento, dio por concluida la charla y les dijo que podían regresar a sus barcos sanos y salvos. Uno de los visitantes se atrevió a pedirle un salvoconducto. Brown hizo silencio, lo miró y al rato respondió. “*-Yo no acostumbro a firmar nada. Con mi palabra de honor les basta y les sobra...*”.

Después de este último servicio a la patria, Brown retornó una vez más a su quinta. Guillermo Enrique Hudson lo describirá parado en la puerta de su casa: “*esbelto, silencioso, blancos los cabellos*”. Mitre dirá de él: “*Estoy deslumbrado por su sublime majestad, por esa noble figura que se levanta plácida después de tantas borrascas, aquella seguridad del alma, sin ostentación, sin amarguras, sin pretensiones... tenía ante mí algo más que un héroe*”.

Cuando su adversario de la guerra contra el imperio del Brasil, el Almirante João Pascoal Grenfell (originalmente John Pascoe Grenfell, otro marino mercenario inglés que sirvió a la guerra de la independencia de Brasil), lo visitó en su casa de Barracas, no podía entender que el soldado que lo había derrotado, el Almirante que para los brasileños era un mito, viviera en una casa tan modesta; se extrañó verlo emplearse en tan humildes menesteres, y le expresó lo mal que pagaban las repúblicas a sus abnegados servidores. Grenfell era rico y el gobierno de Brasil lo había colmado de honores. En un momento se atrevió a preguntarle por qué no reclamaba una recompensa económica. Brown le contestó:

“-Pero aquí nacieron mis hijos y aquí están enterrados, y defenderé esta tierra mientras viva... No me pesa haber sido útil a la Patria de mis hijos... Considero superfluos los honores y las riquezas cuando todo termina en seis pies de tierra para descansar de tantos dolores y fatigas...”

Brown nunca declamó en público. Nunca dijo discursos grandilocuentes. Sólo habló un minuto antes del combate. Sus hombres lo respetaban, lo admiraban y le temían. Lo sabían generoso e implacable. A los soldados valientes, los felicitaba con una discreta palmada en el hombro; a los cobardes los despreciaba.

Sobrio y austero, almorzaba ligero y muchas veces no cenaba. Antes de la batalla se vestía de punta en blanco, se encerraba en su camarote y no hablaba con nadie. Sus soldados lo conocían. Sabían de sus angustias, pero también de su hidalguía y su honor. La palabra de Brown valía más que un documento: ***“A Lucifer debemos servir con sinceridad si hemos empeñado la palabra...”***

Guillermo Brown murió el 3 de marzo de 1857. Murió como había vivido: con dignidad y sin ostentaciones. En silencio se preparó para “el viaje hacia el mar de la muerte”. Cuando el padre Fahy le mencionó esa posibilidad le respondió con el lenguaje del hombre que siempre vivió en el mar: ***“-Pronto he de cambiar de fondeadero... pero no se preocupen, ya tengo el Práctico a bordo”***.